

El Obrero de Tarariras

Porte Pago

INDEPENDIENTE Y AMENO

AÑO II

Director y Administrador: Francisco P. Martorana

NÚM. 65

HOJA EXTRAORDINARIA

En hecho de sangre en esta localidad del 7 del corriente

Nuestra actitud de hoy basada en el honor,
en la justicia y en la imparcialidad

Dos palabras de introducción

Para el periodista que manda a imprimir su periódico a un punto lejano y que tiene que soportar los horarios de los trenes y con sus respectivos turnos es un inconveniente el más grande del mundo, que, podríase denominar desgracia.

Los que soportan esa desgracia son los menos.

Nosotros estamos en ese número y, en muchos casos, ante la opinión pública, tendremos que aparecer como en realidad no somos.

El que dirige y redacta esta hoja

Ha mirado siempre el periodismo, o cuarto poder, no como medio de hacer dinero con los avisos y la suscripción, sino como arma de defensa social que se ha de esgrimir siempre para corregir males, apartar con su acerada punta el lodo que suele rodear la justicia hasta ponerla a la luz y cortar las raíces, y estirparlas después, de todo lo que signifique un mal sea para la tranquilidad de los hogares, de la sociedad, de una nación buscando siempre la armonía de los seres y las cosas.

Consecuente pues, a estas ideas no aspiró jamás y ni aspira tampoco a nada que importe una recompensa, como tampoco un posible bienestar falseando la verdad.

El hecho de sangre y nuestra ausencia

Como nadie ignora (y nos dirigimos más a los lectores de otros puntos) esta localidad fué escenario de un hecho de sangre que impresionó vivamente y con el consiguiente malestar, a toda la población no acostumbrada a presenciar de estos bárbaros crímenes.

Porque en honor a la verdad, si corre sin freno algún chisme, de ahí no pasa, siendo difícil que se llegue a hechos que buscan refugio en la crónica criminal.

El hecho que nos ocupa fué consumado en la mañana del 7 del corriente después de haber salido el tren de la carrera para Montevideo.

El q' esto escribe se encuentra en la villa de Rosario desde el día anterior y regresó a Ta-

rariras recién ese día en las horas vespertinas, y fué cuando se enteró de lo ocurrido por boca de personas—no diremos extrañas de los acontecimientos—pero no como una base sólida.

El día 8 por la mañana enseñada se puso en marcha para recabar informes de «buena tinta». Pueblo chico, hechos inusitados, no se comentaba otra cosa que el «asesinato» según «vox populi».

La desgracia

¿Qué hacer? nos digimos. La imprenta en N. Helvecia; día sábado a mediodía; el periódico podrá estar en máquina o impreso.

Un telegrama en este caso no dice nada. Fulano mató a Zutano, cuatro balazos, pobia indignada.

El día 10 que debía salir nuestro periódico todo el mundo sabía eso.

El público quiere saber los motivos, la verdad de lo ocurrido, los detalles completos.

Tomar un auto e ir a la imprenta.... pero el pequeño Obrero no se puede permitir esos lujos que ponen en peligro su estabilidad, su marcha normal, su presupuesto económico. No es un periódico comercial; es un periódico de idea, de alma, de justicia, de combate. Es huersano de la protección de los avisos oficiales y otras pequeñeces propias de este pobre mundo.

Las malas lenguas

Las hay, las ha habido y las habrá con bolsas y sin bolsitas en la lengua, con moral y maledicencia, de manera pues que, al salir nuestro número del 10 corriente y sin dar noticia del sangriento suceso, no faltó quien dijo que nosotros silenciamos.

Nosotros no diremos que no hemos temido y no tememos a un «cañón» de un revolter que vieramos nos apuntaran con él, pero jamás tememos a callumnia alguna, ni a verbosidad cualquiera que pudieran ser transportadas en el campo de la lógica y el raciocinio. Se diga lo que se quiera detrás de nosotros, pues cada cual

tiene su lengua que nadie le quitará y hablando de la vida periodística, la cultivamos como un apostolado y no como un «modus vivendi».

Pero estamos seguro que nuestra altivez, integridad, y sanas intenciones en nuestros actos están a cubierto de versiones malevolentes.

Además un hombre medianamente culto y un poco racional puede analizar nuestra situación periodística y sacará en limpio que no hubieramos tenido tiempo, y más teniendo en cuenta que con el impresor está el convenio que tres días antes debemos enviarle los originales.

Sin embargo, bástenos nuestra conciencia tranquila no debiéndonos nada reprochar. Este número

Es un extraordinario para decir todo lo que vá dicho y algo más que se dirá, especialmente lo fundamental recogido con respecto al hecho sangriento de labios de personas a nuestro oido.

Hemos «tranqueado» bastantes porque no tenemos autos. Habla don Norberto J. Pino

En conocimiento que este vecino hallábase en la Estación del F. C. de la localidad—y de paso para Colonia donde debía trasladarse en auto con el señor Jefe de Policía—en un momento que Acevedo y Cabrera tuvieron el primer campanazo de palabras—que fueron los preliminares del crimen—nos entrevistamos con el señor Pino quien nos facilitó informes diciéndonos:

—Que en la mañana del 7 del corriente, antes del tren, Froilán Cabrera pedia a Cefino Acevedo que le hiciera entrega de unos bultos de zapatería que su patrón el señor Cantón le había encargado particularmente, a lo que contestó Acevedo que estaban detrás de otra mercadería y que no se las entregaba hasta no sacar los de delante y, después del tren.

Cabrera insistió tener orden de su patrón de pagar peones para efectuar ese trabajo sin incomodarlo a él para nada, replicando Acevedo que en ninguna manera se los entregaría hasta después del tren y que la tomara donde quisiera, entablándose un cambio de palabras e interviniendo el señor Jefe de Estación, que puso término al incidente, haciendo callar a Acevedo y diciendo a Cabrera que en propiedades

Montevideo
Carariras, Mayo 13 de 1920

Subscripción adelantada:
MENSUAL S. 0.20

Los originales no se devuelven, sean o no publicados.

Aparece 3 veces al mes

de la Empresa no le permitía altercados.

En ese mismo momento aparecía el comisario local y el señor Norberto J. Pino se encamino hacia la Oficina de Correo, detrás iba Cabrera y ambos entraron a dicha oficina, renovándose la conversación del incidente manifestando el señor Pino a Cabrera que no le hiciera caso, aparentando este la más completa calma.

Es cuanto nos dijo el señor Pino.

El señor Miguel González narrándonos cuanto sabe

Es este un testigo del hecho sangriento. Manifiesta públicamente cuanto vió.

Cedemos a él pues la palabra:

«Después que pasó el tren Acevedo llamó por tres veces a Cabrera que fuera a cargar. Había hablado antes a Martínez (el capataz) y a mí, estando presente mi hijo que fuéramos nosotros a cargarle para evitar cualquier cosa, habiéndole contestado que fuera tranquilo a cargar.

González no recuerda en el momento que entraba en el galpón que fué lo que dijo Acevedo pero oyó que Cabrera contestó que no le permitía que lo retase porque no era su padre, replicando Acevedo que leataba allí y en cualquier parte, corriendo éste en dirección a la puerta revolver en mano y en esa circunstancia le hizo el primer disparo mientras Cabrera trataba de llegar al cajón del carro donde tenía su cuchillo.

Puesta la mano en él y levantado la tapa que alcanzó a adueñarse del arma blanca, Acevedo hizo dos disparos más y Cabrera caía al suelo simultáneamente con el cuchillo, apoyándose con las manos y haciendo esfuerzos para levantarse pero no pudo conseguir cayendo de boca, mientras Acevedo descargaba el cuarto disparo e iba a descerrajarse el quinto cuando Miguel González, le sujetó la mano homicida desviándole el arma, manifestando Acevedo que lo dejara que ya estaba «terminada la farrá».

Esto es lo que ha declarado González a nosotros después de hacerlo con todo el mundo.

Nosotros en el Juzgado local

Lo manifestado por González a nosotros ha sido después de su declaración en el Juzgado de Paz que a decir la verdad, no es como nos ha manifestado y manifiesta por ahí.

Decimos esto porque en la mañana del sábado 8 del corriente y en cañino de averiguaciones periodísticas, estábamos en el comercio «La Cooperativa» contiguo casi al Juzgado.

Allí vino el señor Juez solicitando nuestra firma para poner al pie de la declaración de González que estaba en el Juzgado.

Pero al leerlo la declaración de González no estaba precisamente como había manifestado a otros lo que dió lugar a una pequeña observación nuestra, pero como el declarante nada dijo nosotros no teníamos porque insistir, y total nuestra firma no absolvía ni condenaba.

A González hicimos notarlo

Naturalmente que al oír que Gonzalez nos narraba el hecho sangriento con lujo de detalles y algo diferente se lo hicimos notar contestándonos que él declara siempre lo mismo de como lo hacía con nosotros.

Preguntando a Aristides Martínez

Este es el capataz de la estación y a él fuimos a preguntar si es cierto que Froilán Cabrera dijo a él y a González que fueran ellos a cargarle para evitar alguna «farras» contestándonos este que nada sabía porque él no estaba.

Los periódicos departamentales y la gente

Aun cuando los hechos son del dominio público, este público busca en estos casos los periódicos para «ver lo que cada uno trae» de los hechos.

Y se enteró de «El Eco Rosarino» y «La Democracia» el domingo 9.

Ambos periódicos denominaban «cobardo crimen» habiendo sido Cabrera «agredido por la espalda» y basándose más por la autopsia practicada por el doctor Carnelli que tal resultado dió.

El día 10 se esperaba «La Epoca» y «La Colonia». La primera no vino, que se esperaba con ansias, porque la población quería ver impresas las posteriores manifestaciones de la víctima que había apuntado un señor de Colonia.

«La Colonia» llegó y la población se encontró con la siguiente sorpresa de que un constructor había visto que Cabrera tenía cuchillo.

El constructor es Rovelli

Nosotros no queremos nada más que narrar los hechos y fuimos a ver al constructor, y el arriba los andamios y nosotros abajo, se armó este breve diálogo:

—Diga ¿es cierto de que Vd. vió el cuchillo en manos de Cabrera?

—Algo yo vi, y como después la policía encontró el cuchillo por el suelo...

—Pero, no es el caso eso; si Vd. vió es otra cosa.

—Vd. vé que ese es como un sueño...

Después de otras breves palabras por el estilo lo saludamos y nos marchamos.

Solo hay que advertir que del lugar del hecho a donde trabaja Rovelli dista unos 100 metros aproximadamente.

Nuestra opinión del matador

Nosotros no teníamos mayores relaciones con el matador, no habíamos estudiado tampoco su carácter, pero nos pareció más bien un tipo jaranista estafalario.

Una prueba al canto

Apenas entró a la estación de empleado suscribióse a nuestra hoja. Cuando nos veía nos saludaba con una tremenda cortesía quitándose el sombrero.

A la tercera o cuarta de hacerlo mismo parandonos delante de él entablamos este diálogo:

—¿Porque se quita Vd. el sombrero?

—Porque Vd. lo merece...

—Mire, aquí somos todos obreros y haga el favor de no sacar selo más.

—Si pero, yo quería saludarle...

—No hombre deje esos honores...

—Chau, chau.

Lo que dice la gente

Muchas personas comentan el carácter del matador y muchos surgen quejándose de él, habiendo tenido incidentes a veces por cuestiones relacionadas a la carga y descarga y a entrega de mercadería.

Se quiere ahora decir que el señor Jefe tiene la culpa de tenerlo a su servicio.

Nosotros comprendemos que esto no es razonable pues, el señor Jefe de Estación ha declarado que ahora todo el mundo se queja pero a él nuna nadie le formuló queja contra el proceder de Acevedo, habiendo este acatado toda orden de él sin ninguna réplica.

Versión que necesitan aclaraciones

El día 8 del corriente habiendo el vecindario visto conducir al matador suelto (sin esposas) empezó a protestar «sotto voce».

Hubo hasta quien habló el Sr. comisario de su complacencia.

Nosotros también nos apersonamos a él inquiriendo informes.

El señor comisario nos manifestó que a más de no tener personal no tiene «local» para alojar presos, debiendo estos en muchos casos alternar con los guardias civiles.

Y si le pongo esposas, continuó, en la Comisaría tendría que atarlo a un árbol lo que sería inhumano.

Nos manifestó también que entre las carreras del domingo 9

la inscripción, el teléfono etc. quedaba él y otro subalterno.

Supóngase, finalizó, que sucede de mañana cualquier cosa en tal punto ¿que haré yo?

Por nuestra parte creemos que nada se puede decir de la policía local.

A último momento

Un señor nos informa que, a último momento, que uno de la «Comisión Geográfica» que se encontraba en la estación rozó casi con el matador en el momento del crimen.

Habria que averiguarlo.

Nosotros daremos datos.

Desea Miguel González

Que hagamos público que algunas personas después de sucedido el hecho opinaban que éste hubiera podido evitar la muerte «abrazando» al que esgrimió el arma, cosa muy «no fácil de hacerlo, porque un hombre indefenso no se va a abrazarse» con un hombre armado.

Es una «lógica viva».

Lo que convendría hacer

En caso de que surgiessen contradicciones y apareciesen testigos de todo calibre convenía la reconstrucción del crimen en el lugar del hecho y llamar a declarar a muchas personas que puedan dar alguna luz a la justicia.

Otro vecino

Enterado este de lo que publicó el periódico coloniense informado por Rovelli y si esto es cierto que tal cosa ha manifestado, está dispuesto, nos comunica, a un cierre con el señor Rovelli quien en presencia de muchos dijo que él no había visto nada.

Hay una confusión

Se ha dicho que Cabrera tenía en su haber «farras» o crimen.

Ello no es cierto. Es un hermano de Cabrera el de esas farras.

Muchas personas dan buenos informes de la conducta de la víctima.

Periodistas!

Los periodistas «ricos» de páginas, suscriptores y avisos, cuando sucede un hecho sangriento en un paraje del departamento, en vez de dar malas noticias, tendrían que tomar un auto y trasladarse al lugar donde aquél se ha desarrollado.

Y si no fijese Vd. en los periódicos departamentales; las opiniones están divididas.

Salgan una vez a tomar el aire en misión periodística, ricos en avisos, suscripciones y páginas.

¡Así han de ser los periodistas!

Palabras finales

Ayer se nos han apersonado algunos vecinos manifestándose que días antes del hecho sangriento tuvieron cambios de palabras con Acevedo.

Pero no es el caso aquí y ni tampoco nuestro ánimo, querer agravar más la culpa del matador, como tampoco ante la opinión pública, queremos aparecer como encubridores de la conducta de Acevedo.

A nosotros nunca nadie se

nos apersonó exponiendo ninguna queja para Acevedo, de ser así hubiéramos procedido como se procede en casos similares: llamar la atención de los superiores.

Nosotros ¡pacíficos humanos! repudiamos todo hecho que signifique una alteración de la moral y la tranquilidad de una población y, en todo caso, estamos de acuerdo en condenar tales hechos.

Pero lamentamos que la población que, de la conducta de Acevedo tenía conocimiento de discolar e irregular, no haya procedido como debía.

Ahora si reclama «justicia» es necesario que hable fuerte, que se haga oír.

En honor a esa «verdad y justicia» que siempre buscamos, hemos hecho este esfuerzo.

Visto bajo un criterio único y amplio, no es nada, porque es deber de la prensa aclarar todo hecho que se presente nebuloso, pero para nosotros, repetimos y visto bajo el aspecto económico es demasiado.

Sin embargo, nos quedará, la más grande satisfacción de haber servido a la verdad y puesto de manifiesto todo lo que nuestra pacífica población, transportada por momentos en los departamentos de Río Negro y Treinta y Tres donde se mata de gusto—reclamaba.

Estas últimas palabras las escribimos sentados en la redacción de «Helvecia».

Para evitar demoras de esta hoja y otros inconvenientes tuvimos que trasladarlos a N. Helvecia, y hablar de frente a estos egregios amigos que trabajan afanosamente y recargados de trabajo, para podernos confeccionar esta «extraordinaria».

Y debemos de agradecerle mucho, porque estos obreros de la familia Gutembergiana, con las manos llenas de tinta están haciendo un gran esfuerzo manual, siendo de noche horas que necesitan el descanso para el rudo batallar periodístico cotidiano.

Noticia bomba

Por el viaje recogimos una noticia sensacional de que \$ 60,000 «patacones» se esfumaron de la caja de una administración pública departamental.

¡Que bárbaro! Y nosotros que con \$ 5.000 hubiéramos sido otros hombres.

«Don Francisco de aquí, y don Francisco de allá».

Y este amigo de los sesenta quizás se pegue un tiro. ¡Pobre!